

Reportaje

## **Encíclica *Laudato Si***

Lic. Omar Olvera Cervantes

El Papa Francisco nos ha regalado una hermosa encíclica cuyo contenido no debe quedarse reservado sólo para la contemplación, es un documento que nos confronta y nos invita a revisar la actitud que tenemos hacia el espacio en el que acontece la existencia de la vida y no sólo la vida humana, sino de todo cuanto existe para nosotros. Como inmediato, hablamos de nuestra casa, nuestra hermana Tierra.

Este texto toma su título de una de las oraciones más hermosas que escribió San Francisco de Asís que conocemos como “El Cántico de las Criaturas”, que hace referencia a la alabanza debida a nuestro Dios Creador. El hombre que contempla la creación se une a la alabanza que los elementos le rinden a Dios y asume su *creaturalidad* al aceptar la presencia de la enfermedad y la muerte, a las que también llama hermanas.

El contenido de la encíclica habla sobre las consecuencias del actuar humano y el despilfarro de recursos que se hace con la finalidad de mantener un ritmo de consumo irracional: es como si el hombre no dependiera de la tierra a la que tratamos como si hubiese una tierra de repuesto.

Este documento nos invita a entender el *kayrós* de una forma más completa; este concepto sólo se había entendido como “el tiempo propicio para que acontezcan cosas importantes”; ¿pero, es que el tiempo acontece sin el espacio?, es claro que el *kayrós* humano acontece en un lugar y que este lugar del hombre es su casa, su tierra, nuestro planeta.

En la introducción a su encíclica, el papa Francisco ha querido evocar algunos de los datos del recorrido de la reflexión de sus antecesores y de otros teólogos y pensadores que han abordado este tema. En 1971, Pablo VI denunciaba la explotación inconsiderada de la naturaleza, que podría ser destruida por el ser humano, al que arrastraría en su destrucción. Ya por entonces trataba de promover un cambio radical en el comportamiento de la humanidad con relación a la naturaleza. San Juan Pablo II, ya desde su primera encíclica, se ocupó una y otra vez del respeto a la creación y de la necesidad de evitar la destrucción del medio ambiente y de promover cambios fundamentales en el comportamiento humano ante la naturaleza. El papa Benedicto XVI señaló dos tentaciones que acechan a la humanidad de hoy: por una parte, se explota la naturaleza como si fuera un objeto destinado a saciar nuestra codicia y, por otra parte, muchos adoran a la naturaleza, como si de ella viniera una salvación sin Salvador. Al papa Ratzinger le gustaba referirse a la gramática de la creación y a la unidad de la naturaleza para añadir que no se puede defender la vida de los animales, mientras se desprecia la vida humana. Finalmente, insistía en la necesidad de vivir un amor *intrageneracional*, sin olvidar el amor intergeneracional. Es decir, no sólo estamos llamados a amar a nuestros contemporáneos, sino también a ceder la tierra en buenas condiciones a las generaciones futuras.

En esta encíclica llama la atención la continua referencia a la ciencia y a la técnica modernas, a la filosofía y la teología más recientes y aun a la mística de otras religiones. Y, por si fuera poco, encontramos en sus páginas una mención explícita al P. Teilhard de Chardin, como para celebrar los sesenta años que nos separan de su fallecimiento. Su tono pastoral se apoya

tanto en las ciencias como en la revelación bíblica, en los escritos de los Padres de la Iglesia y en las reflexiones de los teólogos, desde Tomás de Aquino hasta Romano Guardini.

En la misma introducción, el mismo papa Francisco ha resumido el contenido de la encíclica, que articulado en seis capítulos, parece seguir el esquema clásico de una catequesis.

La encíclica comienza analizando “lo que le está pasando a nuestra casa” en esta hora marcada por la contaminación y el cambio climático, que conllevan el deterioro de la calidad de vida, especialmente entre los más pobres.

Esta realidad es considerada a la luz de la tradición judío-cristiana, que mira el mundo creado con los ojos de la fe en el Dios creador y con los ojos de Jesús, siempre atentos a la belleza y las enseñanzas de la naturaleza.

En un tercer momento, se analiza el antropocentrismo y el relativismo que marcan nuestra cultura y que generan como consecuencia la crisis ecológica.

En el cuarto capítulo se presenta el ideal de una ecología integral -es decir, ambiental, económica y social-, que respete la exigencia de la justicia entre las personas y los grupos, pero también entre las generaciones.

En el quinto capítulo el Papa pretende ofrecer algunas líneas de diálogo multilateral, que pueden servir de orientación y de acción tanto para los individuos como para la política internacional. Finalmente, el Papa propone toda una “conversión ecológica” y una espiritualidad contemplativa y sacramental con relación al mundo creado.

La encíclica se cierra con una oración que pueden compartir todos los que creen en un Dios creador y con otra que incluye la visión específicamente cristiana del mundo y de la historia. Es una invitación a la acción; quizás por eso la estructura a manera de catequesis. La gravedad de la situación nos compromete a actuar hoy, ya que el problema nos alcanzará inevitablemente a todos. Es un error el que se hable sólo de la afectación de los pueblos que se consideran más vulnerables, cuando en realidad no existen dos mundos; el daño que se hace, se hace a todos e irremediablemente tener o no una mansión, un auto de lujo cobrará su verdadero valor cuando falten los alimentos y el agua, o simplemente frente a un fenómeno natural exacerbado por el cambio climático, es evidente que ricos y pobres igualmente están en riesgo.

Las políticas socioeconómicas son tan descabelladas que se prefiere invertir en guerras que, en dotar de condiciones de igualdad al mundo, sabiendo que -si se empleara una parte de estos recursos- muchos de los problemas que aquejan a la humanidad se podrían solucionar.

En realidad, este tema es más que oportuno; no hay posibilidades de nada si el espacio vital desaparece. Actualmente la situación es muy grave, según los informes oficiales: es el momento de colaborar todos juntos asumiendo la responsabilidad propia en el cuidado y recuperación de esta, nuestra Tierra y Casa.

19. Después de un tiempo de confianza irracional en el progreso y en la capacidad humana, una parte de la sociedad está entrando en una etapa de mayor conciencia. (...).

22. Estos problemas están íntimamente ligados a la cultura del descarte, que afecta tanto a los seres humanos excluidos como a las cosas que rápidamente se convierten en basura...

93. Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una

herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. (...) El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social» ...

139. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza.

189. La política no debe someterse a la economía, y ésta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia.

211. Es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas, y es maravilloso que la educación sea capaz de motivarlas hasta conformar un estilo de vida. La educación en la responsabilidad ambiental puede alentar diversos comportamientos que tienen una incidencia directa e importante en el cuidado del ambiente, como evitar el uso de material plástico y de papel, reducir el consumo de agua, separar los residuos, cocinar sólo lo que razonablemente se podrá comer, tratar con cuidado a los demás seres vivos, utilizar transporte público o compartir un mismo vehículo entre varias personas, plantar árboles, apagar las luces innecesarias. Todo esto es parte de una generosa y digna creatividad, que muestra lo mejor del ser humano. El hecho de reutilizar algo en lugar de desecharlo rápidamente, a partir de profundas motivaciones, puede ser un acto de amor que exprese nuestra propia dignidad.

220. Esta conversión ecológica supone diversas actitudes que se conjugan para movilizar un cuidado generoso y lleno de ternura. (...) También implica la amorosa conciencia de no estar desconectados de las demás criaturas, de formar con los demás seres del universo una preciosa comunión universal. Para el creyente, el mundo no se contempla desde fuera sino desde dentro, reconociendo los lazos con los que el Padre nos ha unido a todos los seres.